

Aprender a Leer desde lo Narrativo

María Angeles Turón Mejías

" Yo creo que un libro debe ser realmente una herida, debe trastornar la vida del lector de un modo u otro. Mi idea al escribir un libro es despertar a alguien, azotarle.. He conocido a gente que ha llegado a tener poder y es algo terrible. Algo tan malo como un escritor que llega a hacerse célebre .. es lo mismo que llevar un uniforme..."

(E. M. Cioran. Conversaciones. Trad. de C. Manzano. Tusquets 199)

1. Al Principio existieron los Rapsodas

El espacio se ve y se mira. El tiempo y lo que nos sucede en el tiempo sólo lo podemos narrar. Es lo que hicieron desde siempre los rapsodas. No habría que olvidar que Kant había advertido que el primer pensamiento de la humanidad fue rapsódico. Los rapsodas contaban lo que les había sucedido a ellos en algún momento de su vida, o narraban lo que habían oído y guardaban en su memoria. Cuando narraban al auditorio de los poblados, trataban de ficcionar las noticias y la realidad con los colores más vivos y expresivos. W. Benjamin añora en su célebre artículo "*El narrador*" la fantasía de estos misioneros itinerantes de acontecimientos, que logran "*tomar de la experiencia propia u oída lo que cuentan, convirtiéndolo en experiencia propia de aquellos que escuchan su historia*" (1).

En esta pequeña síntesis han ido apareciendo los elementos que quisiera trabajar, analizándolos y relacionándolos brevemente. Aparecen los conceptos *espacio, tiempo, ver (mirar), oír, experiencia, ficción, memoria* que resultan ser los ingredientes de lo narrativo. Desde la narración podemos leer la realidad mejor que con el reduccionismo del concepto sólo o con la pura ciencia. Quiero decir que para "*aprender a leer*" la realidad (no me olvido nunca que *leer* viene del *legere* latino que significa *interpretar*), puede resultar una buena herramienta, entender siempre la lectura, cualquier tipo de lectura, como narración, o que el lector antes que nada es sujeto narrativo. "identidad narrativa del sujeto".

2. Del Mito al Logos

Sabemos que en la evolución o "metamorfosis" del hombre hasta convertirse en el "homo loquens", lo racional-humano fue monopolizado por el concepto y por la ciencia. La narración (mito) decía que el mundo podía ser de mil formas diferentes y que *el libro de instrucciones* de los enigmas y arcanos del mundo venía muy repartido en cantidad de mitos persas, egipcios, babilónicos, judíos etc. Nadie se había erigido con el monopolio de la única verdad.

Eran los tiempos gozosos del mito de la Torre de Babel. El mundo era políglota y politeísta. No habían aparecido ni los dogmatismos, ni ningún tipo de fascismo. Pero apareció el concepto acompañado de la mano de la ciencia. Bien pronto fagocitaron la realidad domesticándola para que pudiera caber dentro de unas categorías *a-priori*, es decir anteriores a cualquier tipo de contacto o experiencia con la vida. "*La vida quedaba*

agazapada detrás del concepto" (Hannah Arendt) (2). El escenario ha cambiado completamente. La vida para el concepto ya no importaba, y lo que no cabía en el concepto era o vergonzante o, sencillamente, no existía. Sólo existía lo documentado, "los que tenían papeles", todo lo otro era apátrida y extranjero (3). A la hora de subrayar la etimología de *concepto*, se eligió la que provenía de *capio* que significa "coger para dominar impidiendo la mínima libertad". Se olvidó la otra posible etimología de *concepto* que puede provenir de *accipere*, como acercamiento a la realidad para recibirla transformándose.

Pero también la narración ha sido vencida por la ciencia. Por la ciencia más dura y pura, entendida ésta como hallazgo de principios que de forma universal se tiene que aplicar necesariamente a toda realidad de forma obligatoria. Sólo lo que podemos verificar o experimentar porque pasa por nuestros sentidos (Kant), puede tener carta de garantía y puede ponerse en pública circulación, muchas veces sin fecha de caducidad. Pero el humano se encuentra que, muchas veces, vive intensamente y *no sabe leer* (interpretar) exactamente dónde está (*espacio*) ni cuándo (*tiempo*) recibió la "herida" de lo que pueda ser inspiración, éxtasis, enamoramiento. ¿Qué hacer y cómo trasladar a los otros este tipo de experiencias?

Sólo de *forma narrativa*, en diferentes *secuencias temporales*, tratando de *ficcionar* o expresar *la memoria* que guardamos de las *experiencias* atravesadas. No podríamos reducirlas a la estructura más lógica o matemática: sólo narrando lo que nos ha pasado con las cosas/personas, podemos vehicular o transportar hasta los otros este tipo de experiencias que nos superan. Como nos sobrepasan los deseos referente a lo último de la vida: la muerte ¿Por qué ha de tener la muerte la última palabra? Se ha preguntado siempre el hombre. Y sólo narrando nos podemos acercar hasta ese horizonte, donde los mitos religiosos cuentan el convencimiento de que sus dioses les acercará la vida para siempre.

3 Aprender a leer Narrativamente

Podemos *leer* una pintura, un jeróglifico, una fórmula matemática o física. Pero podemos también *leer* narraciones. Podríamos comparar la narración con cada uno de estos aspectos. Lo estoy haciendo, poniendo sólo en relación la *narración* con el *concepto* y la *ciencia*. Hasta ahora he tratado de comunicar en mi escrito que el "homo loquens" tiene que pensarse y lograr que las cosas le den qué pensar, como indica Foucault. Y este cometido, en muchas ocasiones, se logra sólo narrativamente porque el concepto y la ciencia resultan, desde su prepotencia, insuficientes cuando se trata de expresar experiencias más existenciales (atención a *El narrador* de W. Benjamin), o ficcionar /construir mundos alternativos (como querrá Nietzsche cuando habla de la ficción en ...).

Y, por último, sólo narrativamente logramos emplear el lenguaje de una forma más abierta y plástica, huyendo de todo rigorismo reduccionista científico, teniendo en cuenta los "juegos de lenguaje" que descubrió Wittgenstein.

Los tres autores, a los que brevemente me voy a referir, nos están indicando que *leer* no es hacerse con la verdad objetiva, con el embrujo o enigma de las cosas y los sucesos, esa pretensión que tiene una determinada forma de entender la ciencia, sino, como quiere Javier Marías, en un texto que me ha fascinado :

" la verdad no depende de que las cosas fueran o sucedieran, sino de que permanezcan ocultas y se desconozcan y no se cuenten, en cuanto se relatan o se manifiestan o muestran, aunque sea en lo que más real parece, en la televisión o el periódico, en lo que se llama la realidad o la vida o la vida real incluso, pasan a forma parte de la analogía y el símbolo, y ya no son hechos, sino que se convierten en reconocimiento. La verdad nunca resplandece, como dice la fórmula, porque la única verdad es la que no se conoce ni se transmite, la que no se traduce a palabras ni a imágenes, la encubierta y no averiguada, y

quizá por eso se cuenta tanto o se cuenta todo, para que nunca haya ocurrido nada, una vez que se cuenta." (Corazón tan blanco, pág.25)

El texto de Marías no invita a la esquizofrénica manía de vivir cínicamente la realidad, diciendo que no existe. En la línea narrativa que voy señalando, ese proceso de conocimiento no es un proceso de sometimiento a la verdad objetiva de nada, porque es un conocimiento que conduce más allá de toda dualidad del sujeto conocedor y objeto conocido y se asemeja más al *conocimiento como creación/narración* que como representación objetiva. El progreso en la certeza no es en la certeza de algo, porque se trata de la certeza que crece acompañando a la movilización de la experiencia interna y de la percepción.

4. El Narrador de W. Benjamin

De la necesidad de experiencia nos habla W. Benjamín que tienen que ver tanto con el tema narrativo. Me voy a referir al artículo que más directa y expresamente se refiere a nuestro trabajo: «El narrador» (Der Erzähler) resulta un ejemplo altamente significativo de lo que la narración y el narrador significan. El narrador pone de manifiesto la virtud evocativa del mensaje narrado y, sobre todo, la importancia de este personaje que en nuestros días prácticamente ha desaparecido. Narrar, dirá Benjamin, es «la facultad de intercambiar experiencias». Por ello debe añadirse que «el narrador toma lo que narra de la experiencia, de la propia o de la que le han relatado. Y a su vez la convierte en experiencia de los que escuchan su historia». El tema que desarrolla en este escrito roía su mente desde hacía tiempo. En 1929 se había preguntado, escribiendo a Hofmannsthal, «¿por qué muere el arte de contar historias, es decir, el arte de recitar oralmente?».

En este texto había escrito que llega a su fin el «*don de contar historias, porque mientras se escuchan, ya no se teje ni se hila, se rasca o se trenza ... narrar no es sólo un arte... Acaba en sabiduría*» Estos serán temas de reflexión en «El narrador», donde quiere poner de manifiesto un elemento más de su teoría de la experiencia. El arte de narrar se acaba, los seres humanos se encuentran incapacitados para intercambiar experiencias, simplemente porque la experiencia está en trance de desaparecer.

La humanidad es cada vez más pobre en experiencias que corren de boca en boca, en sabidurías y consejos, fuentes donde había bebido la narración. El arte de narrar se acerca a su fin, porque, según Benjamin, el lado épico de la verdad, la sabiduría, está en trance de desaparecer. Tal sabiduría se transmite en el habla, en el lenguaje y la voz, de boca a oído y permanece fielmente en la memoria, cualidad épica por excelencia; que *luega registrará la escritura para poderse leer*, la sabiduría adquiere la consistencia de verdad, no como exactitud informativa o ciencia psicológica, sino por la cualidad de hacerse eternamente transmisible.

La transmisión oral es el alma de la narración y Benjamin vuelve sobre ella y sobre sus cualidades entrañables en diversas ocasiones. En el oficio de titiritero —explicaba en una de sus emisiones radiofónicas («El teatro de marionetas en Berlín»)— todo se hereda de padres a hijos por medio de la transmisión oral. «El uno aprende de memoria todo lo que el otro enseña. Y luego va por el mundo con toda la historia dentro de la cabeza. Todos ellos han tenido que jurar que jamás pasarán al papel ni una sola letra, no vaya a ser que caiga en malas manos que le quiten el pan. Por lo menos así era antes. Hoy en día se imprimen muchas funciones de marionetas; pero las mejores siguen siendo, sin duda, las no impresas, las que los niños y los titiriteros hacen para su propio uso" (4). También en los estudios sobre Kafka observa Benjamin el elemento «hagádico» de la verdad, su transmisibilidad, «el rumor de las cosas verdaderas», como escribirá a Scholem en una carta de 1938. La narración resplandece en un espacio donde no sólo cuenta la historia, sino el rumor que acompaña y hace posible la memoria el murmullo de los telares o los

chasquidos del fuego, en medio del estruendo movimiento de los planetas que los pitagóricos llamaron silencio. El mismo rumor que le traen, con toda la fuerza de la «memoria involuntaria», los recuerdos de la niñez. En los antiguos sonidos que vuelven a los oídos en la edad adulta, Benjamín reconoce sus vivencias y todo lo que de ellas se puede contar:

«Lo que escucho es el breve estruendo de la antracita que de un cubo de hojalata va cayendo en la estufa de hierro; el chasquido sordo con que la llama de la mezcla de gas se enciende y el tintineo de la lámpara sobre las llantas de latón cuando pasa un carruaje por la calle. Había también otros ruidos, como el chacolotear de la cesta con las llaves, los dos timbres, el de la escalera principal y el de servicio y, por último, había también el breve verso que decía: "Te voy a contar algo de la Mummerehlen".» (5)

Benjamín contrapone la narración a la información, que sólo persigue como finalidad aportar datos desprovistos de connotaciones subjetivas, es decir *facta bruta* a los que parece referirse Javier Marías en la anterior cita, que no tienen como intención la interiorización, sino el mero despliegue publicitario o propagandístico. La narración en cambio,

«...narra lo extraordinario, lo maravilloso con la mayor de las exactitudes, pero no apremia al lector con el contexto psicológico de lo sucedido. Queda éste libre para disponer las cosas tal como las entiende, con lo cual cobra lo narrado una amplitud de vibraciones que le falta a la información.» (*El narrador*, pág. 308-309)

La narración es, consiguientemente, comunicación de *sapientia*, no de *scientia*. De una *sapientia* transmitida de generación en generación por la memoria colectiva de la comunidad: de una *sapientia* que es vida concreta, porque es respuesta concreta a las cuestiones comunes que se plantea el hombre en este mundo, a no ser que se deje absorber por la distracción y el aburrimiento y, de esa manera, llegue a olvidarse de su propia humanidad y de los lenguajes que la expresan.

La conclusión que saca Benjamín al final de su texto es esta : «*El talento del narrador es su vida, su dignidad, poder narrar toda su vida. El narrador es ese hombre capaz de dejar que el pábulo de su vida se consuma por completo en la suve llama de la narración. En esto consiste la atmósfera incomparable que rodea al narrador. El narrador es la figura en la que el justo se encuentra a sí mismo.*» (*ibidem*. pág 332)

Es verdad que hay historias e historias. Historias para adormecer, para desahogarse — como sucede con la narración de chistes políticos en época de dictadura—, pero también historias que «*ayudan a seguir pensando*», tras las que late un sentido de libertad. Relatan los niños muy pequeños, pero también los sabios «*que han comido por segunda vez del árbol de la ciencia*».

Relatan los oprimidos; pero éstos no sólo narran historias que les llevan constantemente a exaltar su propia opresión o minoría de edad, sino también historias peligrosas que buscan la libertad.

Pues la libertad y la ilustración, paso de la infancia a la mayoría de edad, no depende de que se elimine el lenguaje de la narración para sustituirlo por un lenguaje sólo argumentativo, propio de las élites de ilustrados y de todos aquellos que se encumbran en una situación de privilegio. La fuerza crítica y liberadora de tales historias no puede ser demostrada ni reconstruida *a priori*. Es preciso encontrarse con ella, escucharla y, continuar narrándola, muchas veces, peligrosamente.

5. Los Juegos de Lenguaje de Wittgenstein

Constatamos que es importante el hallazgo de los *juegos de lenguaje* porque Wittgenstein, así, acaba con el absolutismo del lenguaje científico, que ya no va a gozar de ningún privilegio. No se puede tomar el método de las ciencias como modelo único o ideal del conocimiento humano. Queda abierta la realidad de lo narrativo y el enriquecimiento del universo narrativo.

No vamos a poder tratar todos los capítulos importantes de las *Investigaciones*, como el significado del lenguaje en cuanto determinado en su uso, los juegos lingüísticos, la gramática de lo profundo, el carácter insustituible del lenguaje ordinario de cada día y la forma de vida. Unidos en honda conexión, constituyen los sólidos pilares que sustentan la nueva teoría del segundo Wittgenstein sobre el lenguaje humano. En esta época está presente la tensión que va a mantener cuando nos indica «*no pienses, sólo observa*» (PU, II, XI). El lenguaje abarca ahora las más diversas cuestiones de las ciencias humanas, de la conciencia, de los estados de ánimo, de las emociones, intenciones etc. Los *juegos de lenguaje* de Wittgenstein abren la posibilidad de otra hermenéutica narrativa (6).

Wittgenstein afirma que la búsqueda filosófica es diferente de una búsqueda científica. La filosofía no propone hipótesis propias, ni modelos explicativos, teorías o tesis de ninguna forma (PU, págs. 109, 112, 599), sino que se sitúa en un momento previo a la explicación científica (PU, págs. 124-125), en el siguiente sentido: Una explicación no tiene nunca un sentido definido. El sentido se logra cuando se sitúa en el interior de un determinado juego de lenguaje que es el que le hace de sistema de referencia. No es, pues, la explicación la que da sentido a un juego de lenguaje, sino que es al revés. Por eso, entender el *juego de lenguaje* en el que interviene una explicación, significa entender que se da una explicación, aunque no se entiende la explicación que se da.

La narración es también un *juego de lenguaje* que no trata de explicar que las cosas tengan que ser *entendidas* de una determinada manera. Narrando una experiencia se muestra que puede ser comprendida en todo su contexto y que en la variada referencia entre la trama de la narración y su contexto se pueden abrir a varias interpretaciones según quien las reciba (el lector, el oyente). Wittgenstein hace pasar la hermenéutica narrativa de la propuesta magisterial a la experiencia plural de sentidos.

La filosofía no interviene en el juego de lenguaje, ni construyendo fundamentos, ni aportando nuevos datos, ni criticando resultados. La filosofía describe simplemente la situación del juego sea lo que fuera. La filosofía tradicional siempre ha querido intervenir en el juego haciendo sus propias aportaciones, proponiendo explicaciones metafísicas. Según Wittgenstein el resultado de las aportaciones de la filosofía ha sido insuficiente y desorientador. Si la forma en que se expone un problema filosófico es *no me sé orientar*, no se llegará a solucionarlo dando explicaciones de la desorientación. La explicación refuerza y justifica la desorientación pero no la elimina (explicar una enfermedad no es curarla). Se trata de buscar un camino de salud a la desorientación: «*mostrar la salida a la mosca que se había enclaustrado en una campana atrapamoscas*» (PU, pág. 309).

Wittgenstein, en su pequeño estudio *Observaciones a "La Rama Dorada" de Frazer* (7) hace un rechazo especial del intelectualismo y de los intelectuales que todo lo quieren explicar y endulzar. En más de un lugar viene a decir que *el atractivo de una explicación no es la explicación de un atractivo*. Y es que el atractivo de muchas explicaciones reside en su poder de tranquilizar. Habrá que recordar que las instancias humanas más profundas escapan al modelo explicativo: difícilmente se puede explicar la creencia, los estados psicológicos, el arte. Una de las críticas que hace a Freud es que el psicoanálisis no explica nuestra vida interior, sino que es dicha vida la que *explica* la pasión psicoanalítica. Porque somos seres expuestos al horror de la existencia aceptamos cualquier explicación *salvadora* que nos libere de la angustia.

Wittgenstein dice que hay que describir en lugar de explicar. «Aquí sólo se puede describir y decir: así es la vida humana... la explicación es demasiado precaria " (Ibid. pág. 13) Siempre que he leído estas exposiciones de Wittgenstein me he acordado de la pitia de Delfos, que según frase de Heráclito: «no desvela, no disimula, sino que indica».

6. Nietzsche y La Ficción: La Necesidad de la Mentira

Nietzsche hace una crítica - ¿leyó Javier Marías este texto que conecta tanto con su escrito?- a todo tipo de filosofía ilustrada o racionalista. Reconoce que todo intento por conocer tropieza necesariamente con las palabras:

«Siempre que los hombres de las primeras edades colocaban una palabra, creían haber realizado un descubrimiento, creían haber resuelto el problema; y lo que habían hecho era dificultar la solución. Ahora para conseguir el conocimiento, hay que tropezar constantemente con palabras que se han hecho eternas y duras como la piedra, tanto que es más fácil romperse una pierna que romper una palabra.» (8)

Para Nietzsche la palabra no contiene sino una vaga alusión a las cosas. Las palabras en lugar de acercarnos a las cosas nos separan de ellas; creemos que toda palabra corresponde a una cosa, cuando en realidad lo expresado en la palabra es una simplificación y una reducción del sentido de la experiencia. Nietzsche cambia así la dirección del origen del lenguaje, que no proviene dictado desde las cosas, sino desde «la creación ficcional del hombre»: el lenguaje es una creación artística.

«En último término, el hombre no encuentra en las cosas sino lo que él mismo ha puesto en ellas; este volver a encontrar se llama ciencia, introducir se llama arte, religión, amor, orgullo" (9) ... «¡Vengan los hermosos simulacros! ¡Seamos los impostores y los embellecedores de la humanidad! Construyamos simulacros, es decir, artilugios expresivos que sepan que traicionan el impulso de que nacen y que reviertan esta falsedad en favor y auge de la calidad pasional.» (ib. pág. 13 - 14)

Nietzsche en varios pasajes de sus obras, pero sobre todo, en su pequeño escrito *Sobre Verdad y Mentira en sentido extramoral* (que vió la luz como póstumo en 1903), va aclarando que la fuente original del lenguaje y del conocimiento no está en la lógica sino en la imaginación. En la capacidad radical e innovadora que tiene la mente humana de crear metáforas, enigmas y modelos. El edificio de la ciencia se alza sobre las arenas movedizas de ese origen. Pero, entonces, dónde colocar la verdad, ¿qué es la verdad? y con brillantez Nietzsche ha contestado:

«¿Qué es entonces el la verdad? Una hueste en movimiento de metáforas, metonimias, antropomorfismos, en resumidas cuentas, una suma de relaciones humanas que han sido realzadas, extrapoladas y adornadas poética y retóricamente y que después de un prolongado uso, un pueblo considera firmes, canónicas y vinculantes. Las verdades son ilusiones de las que se ha olvidado que lo son; metáforas que se han vuelto gastadas y sin fuerza sensible, monedas que han perdido su troquelado y no son ahora ya consideradas como monedas, sino como metal.» (10)

Estos supuestos dan la clave de la respuesta de Nietzsche a la pregunta por el impulso a la verdad. El hombre es un animal social y ha adquirido el compromiso moral de «mentir gregariamente», pero con el tiempo y el uso inveterado

« ...se olvida [...] de su situación [...] por tanto miente inconscientemente y en virtud de hábitos seculares y precisamente en virtud de esta inconsciencia [...] de este olvido, adquiere el sentimiento de verdad. (ibid. p.25)

El último de los filósofos prueba la necesidad de la ilusión. La consumación de la historia de la Filosofía es por tanto, de acuerdo con Nietzsche, la filosofía de la ilusión: Nuestra grandeza reside en la suprema ilusión, pues es ahí donde somos creadores. Según Nietzsche vivimos pensado completamente bajo la influencia de los efectos de lo ilógico: «...conocer es simplemente trabajar con la metáfora favorita de uno... porque la construcción de metáforas es el instinto fundamental del hombre.» Pero aún hay más. Para Nietzsche puede haber errores necesarios:

«a veces necesitamos la ceguera y debemos permitir que ciertos errores y artículos de fe permanezcan intactos en nosotros mientras nos mantengan en vida.(11) estas ficciones las llama «ficciones reguladoras» y las reconoce como «errores ópticos», simplemente porque las necesitamos para vivir. Y son errores en la medida en que todas las leyes de la perspectiva deben por su naturaleza ser errores. En este sentido habla de las auténticas falsedades vivientes, de los errores vivientes y añade:

«He aquí por qué debemos permitir vivir a los errores y proporcionarles un amplio dominio. Para que pueda haber algún grado de consciencia en el mundo, tiene que surgir un mundo irreal de error... Mientras no ha surgido un mundo imaginario, en contradicción con el flujo imaginario ... y así podemos ver el error fundamental sobre lo que descansa todo lo demás: la creencia en la permanencia... pero este error sólo puede ser destruido con la vida misma ... nuestros órganos están ajustados al error. Así pues surge aquí en el hombre sabio la contradicción entre la vida y sus últimas determinaciones: el instinto del hombre para el conocimiento presupone la creencia en el error y en la vida ... errar es la condición de la vida .. el hecho de que sabemos que erramos no suprime el error :» ¡Y esto es un pensamiento amargo! Debemos amar y cultivar el error: es la madre del conocimiento. (Id. pág. 78).

Varios pasajes corroboran este convencimiento nietzscheano:

«Hemos organizado un mundo en el que podamos vivir -suponiendo cuerpos, líneas, superficies, causas y efectos, movimiento y reposo, forma y contenido; ¡sin estos artículos de fe nadie sería capaz de soportar la vida! Pero esto no significa que ya se ha aprobado algo. La vida no es argumento; pues el error podría ser una de las condiciones de la vida. Nuestra concepción empírica del mundo, se basa en "presupuestos fundamentalmente erróneos ..., el mundo como idea significa el mundo como error (Id. pág. 83)

Vuelve a repetir que el engaño y la falsificación son necesarios para la vida. Somos los únicos seres de la naturaleza que tenemos la capacidad de crear esto es de inventar, imaginar. Parece como si hiciéramos vivir a los organismos de la naturaleza nominándolos con nombres equivocados: sustancias, atributos, causa, efectos. En este sentido, por ejemplo, la física hace uso de la teoría atómica, aunque ésta es una de las cosas más refutadas que existen, pero la teoría científica sirve al científico como una herramienta conveniente, como una abreviatura de sus medios de expresión:

«Esta ley natural de la que vosotros físicos habláis tan orgullosamente, pero que existe sólo en virtud de vuestra interpretación, no es ningún hecho, es sólo una ingenua forma humana de ordenar las cosas.» (12)

A estas ficciones las llama Nietzsche perspectivas: «Si saliéramos del mundo de las perspectivas, pereceríamos ... Debemos aprobar lo falso y aprobarlo» (XIV, 13). En filosofía sujeto y objeto son conceptos artificiales, aunque coyunturalmente indispensables y causa y efecto no deberían hacerse erróneamente concretos, deberían usarse sólo como ficciones convencionales con el propósito de definir, entender y explicar.

«Somos nosotros mismos los que hemos inventado las causas, interdependencias, relatividad, impulso, número, ley, libertad, fin: y cuando leemos este mundo de signos en las cosas como algo realmente existente y mezclado con ellas, simplemente estamos haciendo lo que siempre hemos hecho, es decir, mitologizar.» (Id. pág. 16)

Lo que queda aclarado con el célebre texto:

«El carácter erróneo de un concepto no constituye para mí una objeción a él; la cuestión es en qué medida es ventajoso para la vida... En efecto, estoy convencido de que las suposiciones más erróneas son precisamente las más indispensables para nosotros, que sin admitir la validez de la ficción lógica, sin medir la realidad con el mundo inventado de lo incondicionado, lo idéntico en sí mismo, el hombre no podría vivir; y que una negación de esa ficción... es equivalente a una negación de la misma vida, Admitir la falsedad como una condición de la vida implica, ciertamente, una terrible negación de las valoraciones acostumbradas (Id. pág. 17)

7. Conclusión

¿Cuándo hemos aprendido a leer? Posiblemente cuando la lectura nos ayuda a dejarnos herir existencialmente con aquello que la lectura nos ficciona, nos pinta, nos construye. Cuando nos damos cuenta que la vida y el mundo pueden ser de mil formas diferentes porque la lectura nos pinta mundos alternativos. Después de los límites del mundo y en el mundo puede esconderse el *enigma*, como indica Eugenio Trías en uno de sus libros más famosos *La razón fronteriza*. Nosotros los lectores nos convertimos en lo que él llama *sujetos fronterizos*. Con los símbolos que nos pinta la lectura, podemos sospechar que hay algo más, detrás de la frontera, y entonces nos cuesta menos sentirnos extranjeros y apátridas en este mundo.

Pero hay que saber *ficcionar la realidad*, como nos enseña Nietzsche y perder la cordura y sensatez de contar sólo papel moneda, podemos ficcionar encima de cualquier papel, pergamino, papiro. Y lo que escribimos es impotente cuando trasmite y *vehicula algún tipo de experiencia* que hayamos atravesado, así quiere W. Benjamin que sea el narrador/rapsoda. Entonces sabremos *jugar con el lenguaje* abiertos a la realidad más políglota, es decir menos dogmática y científica: más humana.

Notas

(1) W. Benjamin, *El narrador*, en revista de Occidente, nº 119 diciembre 1973
pág. 301 - 333

(2) Julia Kristeva, *El genio femenino: Hannah Arendt*, Paidós 2000

(3) Julia Kristeva, *Extranjeros para nosotros mismos*, Barcelona 1991

(4) Sobre W. Benjamin: Concha Fernández Martorell, *Walter Benjamin*, Barna 92 ; *Correspondencia Benjamin/ Scholen 1933-1940*, Madrid 1987 ; G. Scholen, *Historia de una amistad*, Barna 1987.

- (5) Citado por Concha Fernández en o.c. pág 165
- (6). En la Introducción de Josep M. Terricabras a L. Wittgenstein, *Investigacions filosófiques*, pág. 26.
- (7) L. Wittgenstein, «Observaciones a "La Rama Dorada" de Frazer», Madrid 1992, trad. Javier Sádaba. (Frazer, *La Rama Dorada*, trad. del inglés por E. y T. I. Campuzano, México, 1944.)
- (8) Nietzsche, *Aurora*, Barcelona 85, pág. 631
- (9) Nietzsche, *La Gaya ciencia*, Madrid 84, pág. 11
- (10) Nietzsche. Verdad y Mentira en sentido extramoral. Madrid, Tecnos, 1990, p.25
- (11) Nietzsche, *La voluntad de poder*, Madrid 84, pág. 76
- (12) Vaihinger, *La voluntad de ilusión en Nietzsche*, Teorema, 1980 pág 2.